

riosidad de los Franceses, la qual por otra parte me fructificó una buena cantidad de libras Tornesas. Salí en fin de París luego que pude, y tomé el camino de Alemania por los Estados de Flandes, resuelto á girar toda la Europa hasa encontrar á mi Amo. Los regalos que me habian hecho en París me valieron hasta dos mil escudos, con que caminaba con toda comodidad, y en todas partes hacía buena figura. Ví despacio todas las ciudades que encontraba en el camino; pero en Amsterdám me detuve mas que en ninguna otra.

CAPITULO II.

Encuentra Scipion en Amsterdám á su antiguo amo Don Abél. Unense los dos en el viage, y comienza éste á contarle su historia.

Una tarde que yo me paseaba por aquel grande Empório de Holanda, ví un hombre muy garboso, y nóblemente vestido, á quien quise conocer, pareciéndome haberle ya visto en otra parte. Consideréle atentamente, y luego caí en cuenta, conociendo que era Don Abél mi antiguo amo de Sevilla. Señor, le dixé, qué fortuna es la mia de encontrar á su merced en una ciudad

dad tan distante de aquella en que me despidió de su servicio? Tardó Don Abél en conocerme, porque mi edad, que ya me iba arrimando á viejo, habia desordenado algun tanto mi fisonomia, pero habiéndome mirado un poco, y con alguna mayor atencion: ¡Oh! sí (exclamó) tú eres aquel desgraciado Scipion, que se adelantaba á prevenir mis órdenes, haciendo llevar mi baul al puerto de Sevilla. El mismo soy, le respondí, y ya que el cielo me ha presentado esta ocasion de volver á ver á Vmd., le pido humildemente perdon de una accion, que verdaderamente era ruin, taimada y maliciosa. Celebro, me respondió, esa christiana confesion de tu culpa, y declaracion de tu arrepentimiento, téngola por sincera, y vuelvo á recibirte en toda mi gracia, especialmente viendo como veo en tí todas las señas de una grande mudanza, haciendome conocer que ya eres otro hombre muy diferente, pasando de un grandísimo bribon á ser un hombre muy honrado, y muy de bien. Dá mil gracias á Dios, que te ha hecho un beneficio tan particular. Así lo hago, le respondí; ya no tienta mi codicia la hacienda agena, y ahora me estaría yo gozando en mi amada patria de mi paz y mi quietud, si el ansia de encontrar un amo que tuve, y mucho me estimó, no me hiciera andar girando por la Europa. Contéle entonces todo lo que me habia sucedido, y se quedó aquel hombre extremadamente maravillado de todo lo que me oyó. Luego que acabé mi relacion me dixo: pues

to que tú vas á Alemania, podemos hacer el viaje juntos, porque yo voy también á ver varias Cortes de los Principes del Imperio, y fuera de eso, mi fin de viajar es poco diferente del tuyo, reduciéndose toda la diferencia, á que tú viajas buscando á un hombre, y yo por mi desgracia me veo precisado á rodar el mundo en busca de una muger.

Al decir esto parece que se le querían saltar las lágrimas, pero habiéndolas reprimido lo mejor que pudo y supo, mudó de conversacion, y me conduxo á su posada, donde absolutamente quiso, que yo hiciese trasladar mi valija, para poder madrugar el día siguiente, y partir con tiempo al Electorado de Colonia. Efectivamente, despues que hizo su ajuste con el dueño del carruage, antes de amanecer nos pusimos en camino en un carrocin tirado de tres caballos. Poco despues de haber caminado como una legua de Francia, descubrimos hácia nuestra mano izquierda una bella casa de Campo, cuya vista hizo suspirar á Don Abél. Yo que estaba rebentando por saber el motivo por el qual me habia dicho, al parecer con dolor, que se veía precisado á viajar en busca de una muger, y al mismo tiempo me ocurría, que las lágrimas del día antecedente podian tener alguna correlacion con los presentes suspiros, no quise perder la ocasion de persuadirle á que se desahogase conmigo, confiandome un secreto, que en mi modo de pensar no podia menos de ocultar sucesos extraordinarios. ¿Por qué suspira us-

ted tanto? le pregunté: ¿Qué es lo que ha visto, que tanto le ha turbado? ¿Qué objeto funesto puede haber en aquella casa de Campo, que está respirando alegría y amenidad? Amigo Scipion, me respondió, sabete que aquella casa me ofrece mil motivos, para que su vista me excite el mas acerbo dolor; en ella tuvieron principio los desastres que me persiguieron poco tiempo despues que te dexé en España; y porque el dolor se mitiga, quando se desahoga con amigos tiernos de corazon que saben compadecerse, quiero confiarte una desgracia, que me tendrá atravesado el corazon, mientras me duraré la vida; pero como sus principios tienen raices muy largas y muy profundas, será preciso que sea un poco prolija mi relacion, lo qual, así como servirá para entretener y aliviar por mas largo tiempo el tedio y molestias del viage, así tambien contribuirá á que su misma comunicacion disminuya mi dolor, el qual se aumenta excesivamente con el indiscreto empeño de querer tenerle siempre encerrado y comprimido.

El día despues que te despedí de mi servicio emprendí efectivamente mi viage á Italia, donde me detuve algunos días en todas aquellas Ciudades que están reputadas por las mas nobles, mas magníficas y mas bellas. Ya sabes que mi continua diversion es el juego, en el qual soy tan afortunado por lo comun, que me basta lo que gano para mantenerme con decencia, y hacer buena figura en qualquiera parte, sin incomo-

dar mucho mis rentas. Lo mismo me sucedió en Italia, donde gané tanto, que pude hacer una visita á la Francia á costa de los Italianos. Me favoreció igualmente la fortuna en aquel Reyno, particularmente en París, donde desbanqué á mas de un famoso jugador. En el espacio de seis ó siete años que me detuve en dicho Reyno, el naype me habia juntado un peculio, que pasaba de quarenta mil escudos, con cuya suma determiné pasar á Holanda, para emplearla en el Comercio, que allí florece tanto, como sabes, no sin esperanza de duplicar y aun triplicar mi capital en poco tiempo. Pero me sucedió muy al contrario de lo que yo me figuraba, y hube en fin de quedar bien convencido con mi propia experiencia, que el dinero adquirido en el juego, con la misma facilidad se pierde que se gana.

CAPITULO III.

Entabla Don Abél cierto conocimiento en Cambray; y lo que le sucedió en la primera visita que hizo á una Aventurera.

No bien habia entrado en Cambray, quando me sentí con una ligera indisposicion, que contra toda mi voluntad me obligó á detenerme algunos dias en aquella Ciudad. Hallábame en un

meson, alojado en un quarto que correspondia á una callejuela, donde vivia una Aventurera de rara belleza. Se trataba á lo grande, y con una suntuosísima magnificencia; no eran admitidas á su conversacion sino aquellas personas que tenian espíritu para comprar á gran precio un amargo, pero ya inútil arrepentimiento. Por otra parte afectaba una singularísima modestia, tanto, que al verla fuera de su casa, todos la tendrían por una rigidísima sectaria de Diana. Casualmente la ví un dia que iba á misa, y me dió tanto golpe su extrordinaria compostura, que no paré hasta informarme quien era. Dixeronme, que era una Señoraza de Brusélas, la qual habia venido á Cambray precisamente á divertirse, y que los Señoritos hijos de familia que frecuentaban su casa, á pocos meses dexaban pobres á sus padres. Sin embargo de que nunca he sido muy inclinado á cortejar mugeres, però esta muger, por no sé qué oculta fatalidad, me gustó tanto desde luego, que entré en grandísimos deseos de que me admitiese á una visita reservada. Apenas me recobré de mi indisposicion, luego solicité el que se fixase dia para la tal visita, por uno de aquellos interlocutores, que nunca faltan donde hay alguna casta de bellezas mercenarias, y se fixó para aquel mismo dia á las ocho de la noche. Me eché á cuestras el mas rico vestido que tenia, una finísima camisola, con pechugueras y puños bordados de finísima tela, sombrero del mas delicado castor, galoneado de oro, roseta encarnada á la ala izquierda.

quierda, y boton de oro guarnecido de brillantes, relox, caxa y botonadura de el mismo precioso metal, y un bolsillo con cien doblones de prevención. Equipado asi me presenté á la puerta de su casa, donde fuí recibido de dos criados, cada uno con su hacha, y conducido á una sala alhajada con muebles, que podian pasar por bellos, de donde me hicieron entrar en una antecámara, en que estaban dos pagecillos en ademan de abrir la cortina del gabinete donde se hallaba Madama. Luego que me vieron la alzaron con la mayor presteza, y ví salir del gabinete dos señoritas de un brio, y de un despejo muy particular. Sea V. S. bien venido, me dixo una de ellas, y sírvase sentarse aquí un poquito con nosotras. Madama (añadió) está ahora muy ocupada, perfumando á la Marquesita (que así se llama su perilla): en desocupandose de tan indispensable como grave ocupacion, vendrá á honrar á V. S. con su bellísima presencia. Quando me ví con un recibimiento tan extravagante, casi me había arrepentido ya de haber solicitado aquella visita, la que, segun todas las apariencias, se acabaria con poca satisfaccion mia. Mientras tanto, me senté en aquella antecámara, y lo mismo hicieron las dos camareras ó doncellas para darme conversacion. Una de ellas me preguntó: si cortejaba á alguna dama? Señora, la respondí, á ninguna cortejo; mi corazon está libre de esta pasion no menos que de la avaricia. Segun eso, replicó ella inmediatamente, será V. S. un Caballero bizarro,

liberal y generoso. No puedo negar, la respondí, que declino un poco hácia el extremo de la prodigalidad. El dinero que tengo nunca es mio, le gasto con la misma facilidad con que le cuento quando me le traen, y el mismo caso hago de cien doblones, que de cien maravedises. Observé, que las dos doncellitas, mientras yo decia esto, se estaban mirando una á otra con unos ojitos muy alegres y risueños. Se volvió despues hácia mí la que todavia no había hablado palabra, y me dixo: Segun eso será V. S. muy rico, puesto que siembra el dinero con tanta facilidad. Señora mia, la respondí, es cierto, que en mi país gozo una renta mas que decente; pero toda la dexo en depósito de un rico Mercader, puesto que la fortuna me favorece en el juego extraordinariamente, tanto, que me basta lo que gano para vivir con esplendor, y para tener siempre de reserva en el escritorio algunos millares de escudos. Mala cosa es Señor Caballero (me replicó ella) que V. S. sea tan aficionado al juego; la fortuna nunca es constante, á lo mejor abandona á los jugadores, y mañana lleva al hospital á los que hoy estaban llenos de doblones. Por tanto debe V. S. tenerse por muy dichoso en haberse merecido la gracia de mi ama; porque esta gran Señora entre tantas otras prendas, posee la singularísima virtud de curar radicalmente del vicio del juego á todos los que adolecen de él, y logran la fortuna de tratar frecuentemente á su Excelencia. Celebraré yo in-

finito, la respondí, una ocasion, por otra parte de tanto honor y de tanto gusto para mí, de librarme de una costumbre en la realidad nada loable, beneficio de que me confesaré siempre muy obligado á mi piadosa libertadora. En esto estabamos discuriendo, quando sentí una vocécita dulce, sonora y delicada, que llamaba á Leonilde. Respondió á ella una de las camareras prontamente diciendo: *Señora, estoy luego con Vuecelencia*, y entróse en el gabinete. Un momento despues se asomó á la puerta del mismo la Señora, pidiendome perdon, por no haber salido inmediatamente que la entraron mi recado, á causa de estar actualmente respondiendo á un villete muy urgente de Monsieur el Príncipe hereditario de Madagascar. Hízome reír un poco un título tan especioso, con su puntica de ridículo, que jamás habia llegado á mis oídos, y queriendo aparentar que no habia reparado en una tardanza tan incivil y poco atenta, pregunté como se llamaba la Señora. Aquella que se habia quedado conmigo, me respondió: Señor el nombre de mi ama es el mas precioso, y el mas significativo, que se puede imaginar, porque él solo explica todas sus raras prendas de cuerpo y alma. Entré con esto en mayor curiosidad, y así la insté con mas viveza, en que me declarase qué nombre era aquel tan raro y tan particular? porque yo no quiero perder mas tiempo (añadí) en una cosa como esta, y estoy persuadido que siendo usted tan cortés y tan at-

atenta, no me lo hará mas desear. Entónces la doncella, afectando un ayre reverente, respetuoso y encogido, baxando al mismo tiempo modestamente los ojos: *Señor*, dixo, *mi gentil, mi amable, mi noble, y mi incomparable Señora*, se llama... se llama... pero allí viene su Excelencia, y quiero reservar á sus dulcísimos labios el honor de pronunciar un nombre, que no merecen proferirle los que son tan vulgares como los míos.

Con efecto dexóse ver Madama toda llena de gracias, toda dengosa en el gesto, toda brio en los movimientos, y toda vivacidad en los ojos, con un villete en la mano. Saludóme cortesmente, y me convidó á entrar en el gabinete con una especie de gravedad, que me pareció olía poco á modesta. Obedecí, haciéndola una reverencia á la francesa, es decir, arrastrando los pies dulcemente por el suelo, cruzando un poco las piernas, de manera, que de éstas y los muslos se forme como una figura de X, ó aspa de San Andrés, acompañado todo con ciertos melindrosos meneos de brazos y de manos, que componen la figura de quien bayla un minué. Toma, dixo á Leonilde, despues que ésta la correspondió con ciertas inclinaciones, parecidas á las que hacen los mochuelos, quando juegetean con los paxarillos, toma este villete, entrégale á mi mercurio, y encárgale, que calzando las alas á sus pies, le lleve volando al gran Príncipe que dice el sobrescrito. Llama despues

á mi mayordomo, á mi tesorero, y al maestro de cámara, ordenando al repostero, que disponga el chocolate, y al bodeguero, que prepare los mas exquisitos vinos de Tocai, de San Lorano y de Alicante. Haz que me llamen al mercader, al sastre y al zapatero. Tráeme el vestido de cámara, porque con licencia de este Caballero, quiero desnudarme de este hábito de ceremonia. Todas estas órdenes que dió una tras de otra, casi sin tomar aliento, me sorprendieron tanto, que yo ciertamente no hubiera podido retenerlas todas en la memoria para ponerlas en execucion. Solo sí se me imprimieron fuertemente los nombres de mercader, sastre y zapatero, conociendo que estas eran las visperas de la gran fiesta, que se queria hacer á mi bolsillo. Ya Leonilde se habia ido con el villete para obedecer á su ama, quando ésta, volviéndose hácia mí, Caballero, me dixo, es gran fortuna mia la de haber merecido esta visita á la cortesana atencion de V. S. Siéntese V. S. en este sitio, y perdóneme si le hice esperar á mas no poder. Madama, la respondí, antes bien yo debo reconocer por un distinguido y particular favor que V. S. me hace, y yo no merezco, la rara suerte de ser admitido á la conversacion de una persona qual es la de V. S., honrada tan justamente con la estimacion de los mayores Principes, y con el rendimiento de los hombres mas visibles y mas calificados. En quanto á eso, repuso ella, no puedo negar que muchos gran-

des

des Señores me miran con inclinacion y con benignidad, confesando que en este particular he sido muy afortunada, porque en todas las partes del mundo á donde me ha conducido mi pasion á viajar, he congeniado con los mayores hombres, y he debido mil honras á los primeros Monarcas de la tierra. Y á propósito de esto os diré (porque dexemos á un lado el tratamiento), que hallándome en la Corte de Persia, no se desdeñó el Sophí de venir á hacerme una visita en mi jardín de Ispahan; y en la del Gran Mogól tuve el gusto de ver sentado á mis pies en un sofá al Grande Emperador de las Indias Orientales. Mucho me hubiera reido yo al oír tales discursos, si no me hubiera hecho gran fuerza para vencerme, y afectar al mismo tiempo un ayre de pasmo y de sorpresa. Es verdad (prosiguió ella), y en buena hora lo diga, que ni con todas las ventajas que debí á la naturaleza, ni con todos los grandes favores que me dispensó la fortuna, se me subió jamás el humo de la vanidad á la cabeza, ni dí entrada al desdeñoso espíritu de la soberbia, y que admito á mi conversacion con el mismo agrado y cortesía, que lleva de suyo mi genio y mi natural, aun á personas de clase y condicion inferior. Fuera de eso naturalmente soy inclinada á conocer y tratar con las personas de mérito, y quando me encuentro con un hombre de espíritu y bien nacido, nada me importa que esté ó no esté constituido en alta dignidad,

CC 2

ni

ni que sea ó no sea poderoso. A buena cuenta, por lo que toca á vos, estoy bien informada de que sois un Caballero muy digno de mi consideración, y de mi honesta familiaridad, en cuya virtud sin el menor escrúpulo os dispenso la gracia de recibiros en mi casa, asegurándoos, que aun antes de conoceros ocupabais ya un lugar muy ventajoso en mi corazón. Esta última cláusula me pareció bastante particular, y ya me disponia á responderla, quando entró Leonilde diciendo, que el mayordomo, el tesorero y el maestro de cámara habían salido de casa, sin saberse á donde habían ido; que el villete se había enviado á su destino; que el repostero serviría presto el chocolate; que el bodeguero tendría siempre prontos los vinos que se le pedían, y en fin que el mercader, el sastre y el zapatero (estos eran los que yo tenía atravesados en el corazón), vendrían prontamente á recibir sus órdenes. ¡Gran cosa! exclamó entónces la Señora, ¡tener que pagar á la familia, y no hallarla pronto, quando se la ha menester! Lo mismo puntualmente sucedió el día pasado, quando estaba conmigo su Excelencia el Gobernador de Flandes. Mientras tanto la camarera, que traía consigo el hábito de cámara, ayudó á desnudar á Madama de su traje de ceremonia. Quedóse en un zagalejo de tela de oro, guarnecido de cintas, y bordado de flores de la misma materia; y viéndola en esta figura, se fueron tras de ella mis ojos y toda mi atención; me pareció en aquel *desabi-*

llé tan chusco y tan precioso, una belleza agraciada y tentadora. Se puso encima el vestido casero, y étele aqui otra nueva figura, que daba tambien nuevo realce de gracia al ayre natural de su garboso cuerpo. Entró entónces el repostero, que desde luego sospeché sería algun cafetero público, el qual nos presentó el chocolate á Madama y á mí con mucha gentileza. Hallé que era pésimo el tal llamado chocolate, por mas que la Dama le ponderaba como el mas fino, y mas exquisito de España: de la misma calidad fueron las otras bebidas que se nos sirvieron, acompañadas de dulces y de pastas que se decían de Génova; y aunque eran tales que yo no las pude tragar, Madama se las engulló todas con tanta presteza, como voracidad. Se retiraron los que nos sirvieron, y poco despues se sintió en la antesala un gran rumor, cuyo motivo no pude percibir, porque la Señora mia de propósito alzaba la voz, y me tenia ocupado con sus discursos, para que no entendiese lo que pasaba fuera. La falta de mi mayordomo y de mi tesorero, me decia ella, ha sido la causa de no haber podido serviros como mereciais en bajilla de plata y de porcelana, de que tengo muy abundante provision, por los regalos que se dignaron hacerme los dos poderosos Emperadores de la China y del Japón. Otra vez que vengais á favorecerme, os haré ver las raras y preciosas cosas que poseo en este género, dignas por cierto de poderse presentar en la me-

mesa del mismo Carlo Magno. Con estas sus hinchadas ponderaciones tenia confundida la pusilanimidad de mi espíritu, de manera que no sabia qué responderla, quando me sacó de este embarazo para meterme en otro mayor, la venida del mercader. Madama, dixo Leonilde, aquí está Monsieur Basolieu, el primer mercader de Cambray, que trae consigo riquísimos surtidos de telas de oro y de plata, con finísima ropa blanca de todas especies. Dile que entre, la respondió Madama, y que nos muestre todo lo mas raro que traxere. Entró entonces Basolieu con una cara de Hebreo, que causaba espanto. Comenzó á desenfardar sus géneros, y á irlos presentando sobre una mesa, al rededor de la qual estabamos sentados. Eran todas unas telas en la realidad riquísimas, y bordadas de aquellos dos metales que se habian dicho. Madama, la favorecida de los Monarcas de la Persia, de la China, del Japon y del Mogól, comenzó á examinar una por una todas aquellas telas, pidiéndome que la dixese, qual me parecia la mejor. Escuséme con la verdad, confesando lo poco ó nada que yo entendia de aquel género; pero ella insistió tanto, que al cabo la hube de complacer, diciéndola qual era la que me agradaba mas. Celebró mucho mi eleccion, alabando mi buen gusto, y confesando, que se habia encontrado con el suyo. Inmediatamente hizo cortar de la tela que yo escogí lo que era necesario para hacerse un traje entero; y luego entró el sastre

tre á tomarla la medida. Inquietándose ella entonces, ó fingiendo inquietarse, porque no acababa de venir el tesorero para pagar al mercader, me ví precisado á sacar de mi bolsillo sesenta luises para despacharle. Poco despues entró el zapatero, y tambien le hube de dar á éste dos luises por un par de zapatos bordados de oro, y de hechura muy particular. Es verdad que Madama me prometió, que me sería pagado este dinero, luego que el tesorero se restituyese á casa; pero conociendo yo muy bien que esto no se verificaria, tomé el partido de mostrarme por aquella vez tan liberal y generoso, como me habia vendido hablando con las camareras; y así la supliqué se sirviese admitir por una cortísima expresion de mi veneracion y sumo respeto á su persona, el miserable regalo de aquellos pocos maravedises, pidiéndola su permiso para pagar tambien al sastre su trabajo, á quien entregué luego seis escudos. Este mi cumplimiento, aunque hecho en términos á la verdad no muy expresivos, pues mostraban bien que no correspondia el corazon á las expresiones, fue todavia gratísimo á Madama, la qual por su parte quiso darme tambien algunas señales de su agradecimiento. Tomóme luego la mano, y me la apretó con una alegría y con una dulzura inexplicable. Caballero, me dixo, este es el primer regalo que en toda mi vida he admitido de personas particulares. Pero vos ocupais en mi corazon el mismo lugar que los

mayores Príncipes del mundo, y es tanto lo que os estimo, que no he querido desayraros con negarme á recibir vuestros favores. ¡Ah, Señora amabilísima! la repliqué; ¡y qué obligado me confieso á esa particular benignidad con que mirais mi persona! Pongo á vuestros pies todo quanto poseo; y así podeis disponer de ello con la misma libertad con que disponeis de todo lo que teneis confiado á vuestro tesorero. Desde aqui adelante fue mucho mas confidencial nuestra conversacion. Flechábanme sus ojos unas miradas tan encendidas, que no era facil me mantuviese en una indiferencia, en que el mismo Sócrates no se podria mantener. Cenóse despues alegremente, y en fin aquella noche no volví á mi posada. Nos sirvieron la cena las dos *damiselas*, que hacian de camareras; pero ni los mayordomos, ni los tesoreros, ni los pages, ni los lacayos, ni los reposteros, ni los bodegueros, ninguno de estos se dexó ver en la casa; porque, segun me dixo la Señora, los habia dispensado del servicio por aquella noche, para que nos dexasen con mas libertad. Ya podrán ustedes considerar, que de esto no me pesaria á mí, entre otros motivos, porque la tal providencia me ahorraba algunas maulas, pues naturalmente al despedirme, algo habia de dar á cada uno de aquellos personajes, correspondiente al empleo que ocupaba en el servicio. Y aun en medio de eso, quando por la mañana me retiré á mi posada, regalé con otra docena de luises á

las damiselas, porque me ayudaron á vestir de todo punto, sirviéndome despues agua de olor para labarme manos y cara. Madama se quedó en la cama, y yo me recogí á mi habitacion con un concepto de sus prendas muy superior al que habia formado el dia antecendente; pero ántes de separarme de ella me hizo darla palabra de que la repetiria la visita aquel mismo dia hácia la hora de ponerse el sol. Nada me dolia el mucho dinero que habia gastado en un solo dia; ántes bien me pareció que era muy merecedora de que todos mis bienes casi castrenses se empleasen en contentar sus caprichos. No se apartaban ni un momento de mi memoria, y de mi corazon los atractivos de su hermosura; y desde luego conocí, que ya me tenia traspasado de parte á parte con su arpon el hijo de Citeréa. Parecióme aquel dia interminable, y esperé á la noche con ansiosísima impaciencia, haciéndoseme siglos los momentos que tardaba en volver á la presencia de mi nueva amante. Llegó en fin el plazo señalado, y partí volando, despues de haber proveído abundantemente mi bolsillo, y comprado un anillo de gran precio, con ánimo de regalarsele, en prendas de la ciega y vehemente pasion con que la amaba.